

PATTENDEN, Miles (2017)

Electing the Pope in Early Modern Italy, 1450-1700

Oxford: Oxford University Press, 309 p.

ISBN: 978-0-19-879744-9

La renuncia al papado de Benedicto XVI en 2013 despertó un interés inusitado por la historia del Papado. Desde el inicio del cristianismo, era solo el segundo papa que lo hacía, después de Celestino V (1294). Con su gesto, el papa Ratzinger puso en cuestión desde su raíz los fundamentos teológicos e históricos del Pontificado. Y no disminuyó el interés público, antes bien lo aumentó, la complejidad del cónclave posterior, con cardenales venidos de todo el orbe encerrados bajo siete llaves en la Capilla Sixtina hasta la elección de un sucesor. Después, la búsqueda sencillez del papa Francisco ha profundizado aún más la necesidad de plantearse el origen de las mil y una normas, escritas y no escritas, que ritman la vida del Vaticano.

En estos últimos años, la historiografía ha recogido el guante lanzado desde Roma. Han surgido documentadas investigaciones, basadas en una gran recopilación de fuentes, que han permitido incrementar el conocimiento de la institución del cónclave y de los rituales que se repiten desde la muerte de un papa hasta la coronación de su sucesor, así como de su evolución histórica. Estudios como los de Günther Wassilowsky, Maria Antonietta Visceglia, Marco Pellegrini y John Hunt para la Edad Moderna o los de Agostino Paravicini Bagliani para la Edad Media.

En ese contexto, ¿qué novedades aporta Miles Pattenden a nuestro conocimiento del cónclave y, por extensión, del Papado? Para mí dos son las principales contribuciones de este autor. La primera es centrar la mirada no en la figura del pontífice, sino en la de sus electores. Entre 1417 y 1775 hubo prácticamente 1.200 cardenales, de los cuales más de la mitad votaron en uno de los 44 cónclaves que tuvieron lugar entre ambas fechas. Pattenden los estudia

colectivamente y por separado, como «decision-makers» (página 7) a los cuales se les puede aplicar los instrumentos que las ciencias sociales ya han experimentado para el análisis de los procesos de decisión. Pattenden se apoya en los estudios previos de Cristophe Weber o Barbara Hallman, entre otros, para elaborar unas utilísimas gráficas y estadísticas (los cardenales creados en cada papado, el porcentaje de italianos en los cónclaves —casi nunca por debajo del 80% después de 1500—, la duración de cada sede vacante, etc.) que le permiten fundamentar sus conclusiones.

La segunda gran contribución de Pattenden es, en mi opinión, desentrañar una problemática ya planteada por los grandes historiadores del Papado del siglo xx, en particular por Paolo Prodi: la de la continuidad política e institucional. En las monarquías hereditarias, la pervivencia de una misma dinastía permite unas sucesiones reguladas y, en gran medida, previsibles. Pero en una monarquía electiva, como los Estados Pontificios, con gran número de votantes —en 1587 Sixto V fijó el número de cardenales en 70, aunque desde entonces ha habido muchas variaciones—, cada vez que muere un pontífice parece que todo se puede replantear desde cero y los purpurados se enfrentan, a veces descarnadamente, por imponer sus puntos de vista o sus candidatos. Y eso sucede a menudo: entre 1417 y 1775, calcula el autor, hubo 45 papas, pero solo 15 reyes en Francia o en Castilla y 17 emperadores, por poner un ejemplo de otra monarquía electiva. La edad media de los papas cuando son elegidos es de 67 años en el siglo xvii y de 65 en el siglo xviii, lo que augura, en general, pontificados cortos.

A su vez, quien sea elegido papa puede intentar condicionar la futura elección de

su sucesor con sus nombramientos de nuevos cardenales y, en todo caso, cambiará los principales cargos de la Iglesia. En ese sentido, Pattenden resalta la paradoja vital en la que se encuentra el Colegio Cardenalicio: su poder y su fortuna dependen de la consolidación de la autoridad del Papado, pero, a la vez, esa consolidación centraliza el ejercicio del poder en el papa, quien goza de la *plenitudo potestatis*, en detrimento de sus asesores. El tradicional nepotismo papal puede ser visto como una corrupción, pero también como un mecanismo que asegura al nuevo pontífice colocar a hombres de su confianza en los puestos clave de la administración civil y eclesiástica. Los procesos de «clericalización» (que implica cierta «profesionalización») y de «burocratización» de la Curia, examinados ya por muchos historiadores, pueden no ser indicios de «modernización», como en las monarquías coetáneas, sino elementos disfuncionales en el entramado de poder de la Iglesia católica. Pero los cardenales no pueden sino apoyarlos, pues una disminución de las facultades del papa aminoraría también su propio estatus como «príncipes de la Iglesia». El proceso de afianzamiento del poder del Papado, dice Pattenden, no fue lineal y cada pontífice tuvo que hacerse obedecer desde el principio de su reinado por las élites romanas —los papas tuvieron que «desfeudalizar» (página 185) los Estados Pontificios— y por los cardenales, que viven siempre con la incertidumbre de saber si continuarán gozando de sus privilegios en el siguiente pontificado.

Tras la introducción (capítulo 1), el segundo capítulo del libro se centra en los cardenales: su papel institucional, su estilo de vida, sus relaciones con el papa y con los príncipes seculares. Pattenden llama la atención sobre las consecuencias del hecho de que, de un día para otro, quien ha sido su par se convierta en su superior, y los comportamientos que de ello se derivan.

El capítulo tercero plantea los distintos métodos de elección usados en los cóncla-

ves y la evolución de las leyes que los regulan, siempre con el interés de asegurar la libertad y el anonimato de los votos, por un lado, y de evitar las interferencias en la elección —a veces muy descaradas— de las potencias principales, en particular España, Francia o el Imperio.

El capítulo cuarto aborda la situación de los cardenales en el momento de la sede vacante, cuando el colegio cardenalicio retoma todo su poder, mientras, al mismo tiempo, la sensación de desgobierno y de falta de una autoridad fuerte hace que en Roma se sucedan los disturbios y las venganzas. Los cardenales, actuando conjuntamente —lo que no siempre es fácil—, tienen que evitar el colapso del principio de autoridad y, al mismo tiempo, cumplir escrupulosamente todas las normas procedimentales para hacer que la elección del nuevo papa sea considerada legítima.

El quinto capítulo se titula, significativamente, «*choosing candidates*», y aborda la teoría y la práctica de la elección papal. Pattenden resalta el problema de la circulación de información, real o interesada, durante la sede vacante y cómo esta condiciona las expectativas que los cardenales se hacen sobre las decisiones que presumiblemente tomará el nuevo papa.

El tema del siguiente capítulo es la forma en la que cada papa intenta asegurar su poder, tanto en los Estados Pontificios como en la Iglesia universal y los tres mecanismos que, como cualquier otro príncipe de la época, utiliza: los elementos simbólicos, la distribución de patronazgo y la coerción. En ese sentido, los monarcas hereditarios tienen siempre una ventaja frente a los papas: la lealtad a la dinastía que se presume a la nobleza de un reino no se transfiere directamente de un papa a otro. Cada nuevo pontífice debe redefinir sus relaciones con las clases dirigentes y los elementos intermedios de la jerarquía eclesiástica.

El séptimo capítulo profundiza en las consecuencias que las elecciones papales tuvieron para el desarrollo general del

poder pontificio. Se discute la tesis de Prodi sobre el desarrollo en el Papado de los mismos mecanismos de poder que se identifican en las monarquías absolutas de la época. Para Pattenden, en el siglo xvii la Curia ha alcanzado un protagonismo y dimensiones tales que es ella la que condiciona las actuaciones del papa, y no al revés. Hubo una «erosión» (página 220) del poder pontificio en beneficio de unas élites curiales que asumieron más poder que en las otras monarquías. Los efectos de la burocratización administrativa, de la falta de recursos financieros, de la venalidad de los cargos y, paradójicamente, del declive del nepotismo son factores de estabilización de la vida institucional de la Santa Sede, pero a la vez elementos que subvierten la autoridad del papa, teóricamente omnímoda.

En conclusión, el sistema electoral de sucesión del Papado planteó una tensión nunca bien resuelta entre intereses individuales y colectivos. Individuales porque los intereses personales de cada cardenal, sus estrategias y sus incentivos para votar a uno u otro candidato, o conformarse con el vencedor, condicionan todos los cónclaves. Colectivos porque el vacío político que todo interregno entraña pone a la «oligarquía» que forma el colegio cardenalicio un desafío para evitar el colapso del sistema y garantizar la legitimidad del siguiente papa. Una vez elegido este, la contradicción se reproduce entre la necesidad que tiene el pontífice de afianzar su autoridad y la voluntad de sus subordinados, a comenzar por los cardenales, de asegurarse el mantenimiento de sus oficios y de su riqueza. Esta fue también una de las razones, afirma Pattenden, de que las élites de los Estados Pontificios no participaran de la

prosperidad del sector mercantil de la Italia septentrional y de que persistiese en ellos una nobleza baronal bastante belicosa.

Es así como el análisis de la sede vacante romana, a través de la consideración de sus aspectos políticos y sociales, lleva a una valoración sobre el Papado en su conjunto. En este sentido, la conclusión de Pattenden es contundente:

«La más general y obvia explicación del fracaso final del gobierno papal apenas necesita ser expuesta: un gobierno teocrático de viejos hombres célibes, muchos de los cuales motivados por sus propios auto-intereses dinásticos, probablemente no iba a acabar bien [...] La monarquía pontificia de la Edad Moderna, con su combinación de principios absolutistas y electivos, procedimientos teocráticos y estructuras burocráticas, era altamente disfuncional como forma constitucional» (páginas 264-265).

Sin duda, estas conclusiones merecen un amplio debate entre los historiadores. Se podría objetar, por ejemplo, como el propio autor reconoce, que este sistema logró mantener a salvo la institución del Papado en uno de sus momentos de mayor crisis (el desafío planteado por la Reforma protestante) y, sobre todo, evitó que el pontificado cayera en manos de una sola familia o de un grupo de poder que lo monopolizara. Por decirlo de alguna manera, la Roma de los papas no acabó como la Florencia de los Médici.

En todo caso, Miles Pattenden, que ya había escrito un excelente estudio sobre Pío IV y la caída de la familia Caraffa, cambia ahora de escala, y se revela de nuevo como un magnífico historiador al abordar el conjunto de la historia del Papado desde el siglo xv hasta el xviii.

Ignasi Fernández Terricabras

Universitat Autònoma de Barcelona
<https://doi.org/10.5565/rev/manuscrs.218>
<http://orcid.org/0000-0001-5870-2425>

